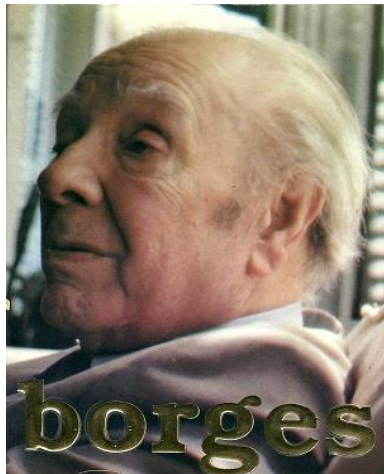




**ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO**  
**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI**  
**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

---



**EL TIEMPO: UN TEMA FILOSÓFICO**

**La expresión poética de Jorge Luis Borges y el estudio  
filosófico de Eugenio Pucciarelli en la obra del escritor<sup>1</sup>.**

---

<sup>1</sup> Homenaje de *Archivo Filosófico Argentino* a Jorge Luis Borges en el 30° aniversario de su fallecimiento.

**1972**

**Jorge Luis Borges**

Temí que el porvenir (que ya declina)  
Sería un profundo corredor de espejos  
Indistintos, ociosos y menguantes,  
Una repetición de vanidades.  
Y en la penumbra que precede al sueño  
Rogué a mis dioses, cuyo nombre ignoro,  
Que enviaran algo o alguien a mis días.  
Lo hicieron. Es la Patria. Mis mayores  
La sirvieron con largas proscipciones,  
Con penurias, con hambre, con batallas,  
Aquí de nuevo está el hermoso riesgo.  
No son aquellas sombras tutelares  
Que honré con versos que no olvida el tiempo.  
Estoy ciego. He cumplido los setenta;  
No soy el oriental Francisco Borges  
Que murió con dos balas en el pecho,  
Entre las agonías de los hombres,  
En el hedor de un hospital de sangre,  
Pero la Patria, hoy profanada quiere  
Que con mi oscura pluma de gramático,  
Docta en las nimiedades académicas  
Y ajena a los trabajos de la espada,  
Congregue el gran rumor de la epopeya  
Y exija mi lugar. Lo estoy haciendo.

## **BORGES Y LA OBSESION DEL TIEMPO<sup>2</sup>**

**Eugenio Pucciarelli**

### **1**

Ávido por abrevarse en todas las fuentes, el filósofo interroga también la obra de los escritores estimulado por la esperanza de encontrar testimonios que, al ampliar el campo de sus exploraciones, enriquezcan también el acervo de su saber. ¿Cómo ignorar el tesoro de experiencias humanas que encierra la literatura? Ningún escritor se resigna a ser acopiador pasivo y neutro de datos cuando arroja su mirada sobre el mundo, y mucho menos si vuelca en sus páginas la propia intimidad. Su sensibilidad, abierta a los matices más delicados de la realidad vivida, dispone de un sutil instrumento de análisis y expresión que es la lengua, que constantemente enriquece con su diario trabajo. Su vocabulario no sólo incorpora nuevos términos, también recupera significaciones que dormían en expresiones de antaño desgastadas por el uso, a lo que habría que añadir la agilidad de una sintaxis que aprovecha combinaciones audaces para fijar y transmitir los hallazgos más imprevistos. ¿Será necesario recordar que Schelling, el pensador más representativo del romanticismo, consideraba el arte como “documento y órgano” de la filosofía? De esa cantera, con el ingente esfuerzo de la razón, había que extraer el mensaje que acabaría por revelar la esencia de la realidad.

Un sistema filosófico no es un castillo construido con ideas que sustituyen a la realidad, escamotean sus resistencias y ocultan las dificultades que opone a la libertad de los hombres. Es, por el contrario, un esfuerzo para rescatar los “datos inmediatos” de la experiencia, traducirlos a ideas e incorporarlos al sistema que habrá de tornar inteligible una realidad que, a primera vista, aparece como opaca e indiferente, pero que es el obligado escenario de la acción de los hombres. ¿Cómo echar en olvido los mensajes contenidos en obras de los poetas que, después de todo, se apoyan en experiencias humanas que en su forma más intensa sólo se dan en hombres que entregado su vida al difícil ejercicio de una actividad espiritual? Poetas de épocas y lenguas distintas han dejado constancia de la gravitación del tiempo sobre las vidas humanas: unos, para insistir la nota de la fluencia, aterrados, tal vez, por la amenaza de paridad; otros, para añorar la eternidad sustraída al flujo y siempre distante de los anhelos humanos, no faltando quienes se han regocijado en celebrar lo efímero y aconsejar la entrega sin reticencias al instante que huye.

La certidumbre de lo efímero, en contraste con la nostalgia de lo perdurable que no abandona nunca al hombre, ha encontrado expresiones elocuentes en la poesía de todas las épocas. Borges recuerda dos testimonios: el de Boileau (*Hátons-nous, le temps fuit et nous traîne avec soi. / Le moment où je parle est déjà loin de moi*), que acredita la fugacidad del instante en perpetua huída hacia el pasado, y el de Tennyson (*Time is flowing in the middle of the night*), que señala el continuo deslizarse aunque la conciencia, desentendida de la realidad durante el sueño, no alcance a registrarlo. Y acaso recordaría los versos de Eliot (*Time present and time past / are both perhaps*

---

<sup>2</sup> Publicado originalmente en *Borges*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1987.

*present in time future, / And time future contained in time past*) y celebraría su afinidad con su propia concepción, ya que el poeta inglés ha querido fundir en unidad inescindible todos los momentos del tiempo encerrando al pasado y al presente en el futuro que a su vez estaría contenido en el pasado. Todo momento, por breve y efímero que se lo imagine, lejos de desvanecerse en el olvido, es imborrable y, en cierta medida, eterno, con las consecuencias que derivan para la vida moral del individuo. El propio Eliot, en un arranque de franqueza que en mucho se asemeja a la espontaneidad de Borges, no dejó de insinuarlo (*If all time is eternally present / all time is unredeemable*). Tampoco el hombre, sensible a la movilidad del proceso temporal, anotará Borges, permanece idéntico a sí mismo durante el intervalo que lo separa de los hechos ocurridos. Pero no todo está condenado a extinguirse; algunos jirones del pasado se conservan, a veces obstinadamente, en la memoria, facultad que conjuga el recuerdo y el olvido, y buena parte de lo vivido contribuye a dar perfil al individuo a través de la consolidación del carácter.

## 2

2.1 En la obra de Borges el tiempo aparece en tres planos: todo en la poesía como expresión de la propia existencia que se notifica del íntimo fluir de los estados anímicos. La sucesión, que impera en el dominio íntimo de la conciencia y en el ancho mundo del cosmos y a la que nada parece sustraerse, acusa ritmos sosegados o rápidos y viene siempre teñida de afectividad. No siempre las palabras incorporadas al verso del poeta son suficientemente idóneas para recoger los matices volubles de la situación. El lector habrá de contribuir con su propia experiencia a completar la imagen incompleta. En su “Arte poética”, en que sugiere la idea del arte como espejo de la propia vida, condensa su pensamiento en la metáfora del río: *Mirar el río hecho de tiempo y agua / Y recordar que el tiempo es otro río, / Saber que nos perdemos como el río / Y que los rostros pasan como el agua.*

En un segundo plano, sin abandonarse ya a las imposiciones de nuestra condición temporal, que había dado materia idónea la creación poética, Borges se apodera del tiempo y lo conviene en materia de sus relatos. Ya no es la realidad impersonal que imponía duras condiciones a la existencia del individuo, sino el medio dócil que se presta a toda suerte de manipulaciones. En el plano de imaginación no contenida por ninguna inhibición, el escritor somete al tiempo a todas las torturas posibles.

Borges no oculta, sin embargo, sus intereses teóricos, que lo aproximan al dominio de la filosofía: en un tercer plano, que no siempre se distingue de los anteriores, reflexiona sobre el tema y se esfuerza por proyectar alguna claridad, hasta donde parece consentirlo, la índole del asunto. Y no conforme con hacerlo en forma esporádica a lo largo de muchos años en que la preocupación parece perseguirlo intenta darle expresión sistemática.

2.2 El tiempo aparece en la poesía de Borges ligado a experiencias personales, a preocupaciones que se repiten obsesivamente, a angustias, a simples episodios de la

vida diaria, tanto en el nivel de la vigilia como en el del sueño. No faltan tampoco estímulos que provienen de sus lecturas, manantial generoso en que su imaginación y su pensamiento se han abrevado en forma casi permanente. No es un aspecto aislado que se repite porque se ha convertido en hábito, ya difícil de esquivar: es un integrante asociado en forma estrecha a los restantes elementos del poema. Lo denotan expresamente los términos que se refieren a él, también los modos temporales (pasado, presente, futuro, sucesión, simultaneidad, duración) y, por último, las palabras que, sin nombrarlo en forma directa, exhiben visible carga temporal (aún, todavía, caducidad, envejecimiento, nostalgia).

Repetida innumerables veces, el tiempo aparece en la imagen del río que corre hasta extinguirse, como si la muerte acechara también a los hechos de la naturaleza inanimada. En todos los casos el acento recae sobre el tránsito, el incansable fluir, el pasaje que no cesa, pero también en el intervalo elástico que separa auroras y ocasos. A veces la imagen del río se asocia con la del laberinto (*Y el goce de perderse en el errante / Río del tiempo (río y laberinto / Y en los lentos colores de las tardes)*). No puede olvidar los ultrajes que los años infieren a las vidas humanas y a las obras de los hombres, impotentes para contener el avance de la erosión, y hasta recuerda la proeza intentada por algunos dispuestos no a conseguir la inmortalidad, al abrigo de todo desgaste, sino retardar por adecuada técnica el avance del tiempo.

Borges estaba persuadido que el tiempo es nada menos que la sustancia con que están amasadas las vidas individuales (“De una materia deleznable fui hecho, de misterioso tiempo”). Pero al atribuir al tiempo realidad subjetiva y poner énfasis en su condición anímica, que era una manera de conducirlo a la intimidad de uno mismo, caía en la cuenta de que lo que por derecho propio debía pertenecer a uno solo era compartido por otros, tal vez hostiles o acaso tan extraños que podrían ser ignorados, aunque la existencia social imponga condiciones que nadie elegiría libremente (“Mi estupor de que el tiempo, nuestra sustancia, pueda ser compartido”). También la perturbaba alguna paradoja: la que asocia cambio y perduración, que parecen opuestos irreconciliables (“Contradicción entre el tiempo que pasa y la identidad que perdura”), así como la inserción de lo efímero en lo eterno, suponiendo que atribuyera realidad al último término (*El hoy fugaz es tenue y es eterno. / Otro cielo no esperes, ni otro infierno*).

2.3 Los intereses estéticos de Borges inclinaban sus preferencias hacia la literatura. En este dominio eludía el lenguaje destinado a reflejar la realidad y mostrarla en su verdad y prefería valerse del lenguaje como de un material idóneo para forjar mundos imaginarios. ¿Buscaba evitar el peso y la incomodidad de lo real para refugiarse él mismo en el reino de la ficción? No es imposible. En cualquier caso se trataba de dominar el tiempo, la entidad más despótica que ejerce su dominio sobre los hombres.

Un escritor está autorizado a tomarse libertades con la materia que emplea para sus creaciones. El tiempo, entendido a la manera del sentido común, se presta para el trabajo del escritor. No es forzoso que haya de seguir su curso implacable, en sentido horizontal y unilineal ajustado a la sucesión regular de sus momentos. El escritor puede disfrutar de licencias: imaginar intervalos que se encogen hasta desaparecer; momentos vividos en distintas épocas y por personas diferentes que se superponen, se funden,

pierden sus rasgos diferenciales, se concentran en una unidad sin extensión en que naufraga la individualidad; series temporales que avanzan en sentido prospectivo mientras otras retroceden hasta su fuente; series paralelas destinadas a ignorarse y series que se cruzan e intercambian fragmentos que alteran sus identidades; una eternidad que genera el tiempo o se cruza en su trayecto e interrumpe la continuidad de sus momentos.

A la vista de estas posibilidades, a las que sólo el genio creador puede infundir vida, el tiempo se manifiesta como una materia blanda, dócil, maleable, susceptible de pasar por infinitas figuras siempre a voluntad del escritor. ¿Y qué decir del tiempo cíclico, renovación del mito del eterno retorno, que impone a la vez la pérdida y la recuperación de cada uno de los momentos vividos? Pero además de curvarse sobre sí mismo, repitiendo extraños movimientos circulares, es posible admitir la bifurcación del tiempo y lanzar a los acontecimientos que seguían al cauce de la recta interminable por cursos diferentes que los exponen a su desintegración.

En "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" prefiere el asombro a la verdad, actitud que corresponde a los hombres de ese mundo imaginario que por momentos finge considerar como si fuera real. ¿Qué más asombroso que la negación del tiempo? Se nos arrebataría una dimensión, acaso la más íntima del ser humano, con el agravante de reducir nuestra vida a un instante puntual, sin espesor, sin duración. Con frágil argumento señala que el presente es indefinido, el futuro no ha alcanzado todavía realidad y el pasado acaso no sea más que un débil recuerdo que sobrenada en el presente. Argumento que recuerda a la distancia las precisiones de Aristóteles: el pasado ya no es, el futuro no es aun, sólo el presente acapara toda la carga de la realidad, y el tiempo se reduce a una extraña mezcla de ser y no-ser, con un centro fuerte pero breve por lo evanescente y dos extremos dilatados pero extraordinariamente débiles. También aventura la imagen de un tiempo agotado, que ha transcurrido en su totalidad y que condena a la vida a no ser más que un reflejo crepuscular de un proceso irrecuperable. Y no deja de añadir otra hipótesis, la que asigna carácter plástico al pasado, que admite su modificación desde el presente.

Borges recoge una idea de Bertrand Russell a propósito de las dificultades que surgen con motivo de la función de la memoria en la vida del espíritu. La memoria opera en el presente; se recuerda ahora, no en el pasado, momento en que tuvieron lugar los hechos; y desde el punto de vista lógico no es forzoso que haya existido el acontecimiento rememorado y ni siquiera que el pasado haya existido. Podemos imaginar un mundo surgido hace escasos minutos y su población condenada a rememorar un pasado que fuera completamente irreal. ¿Cómo distinguir esta situación de la que creemos vivir a diario? Tampoco es necesaria la conexión entre hechos acaecidos en momentos diferentes del tiempo. Reiterando lo señalado más arriba cabe señalar que analizamos en el presente los contenidos de experiencias que atribuimos al pasado, pero su descripción correcta seguiría siendo válida aunque el tiempo pasado no hubiera existido. Con alguna prudencia Russell se apresura a señalar que la no existencia del pasado es una hipótesis seria y no encierra contradicción lógica que la invalide, pero sólo ha de usarse como auxiliar del análisis de lo que ocurre al recordar. No es imposible que estas consideraciones, estampadas casi al azar en las páginas del libro de Russell, hicieran fuerte impresión en el ánimo de Borges, pero en rigor el autor no las necesitaba:

su imaginación lo llevaba a manipular el tiempo con la libertad de iniciativa que corresponde a la actividad del artista creador.

En “El jardín de senderos que se bifurcan”, Borges asimila el tiempo a un laberinto del que es imposible evadirse. No se lo percibe, pero es una cárcel implacable. Aquí abandona la imagen de la línea, grata al sentido común, y, a través del mecanismo de la bifurcación, multiplica el número de tiempos. Nada queda ya de aquella figura uniforme y absoluta que Newton describiera con precisión científica; aparecen ahora infinitas series que corren paralelas, se separan, van al encuentro, se cortan entre sí o se ignoran mutuamente. Imposible para un hombre instalarse en la mayoría de esos tiempos, no siendo extraño que al existir en uno el azar lo ponga en relación con quien existe en otro cuando dos series temporales se cruzan en su movimiento hacia el futuro.

En “La lotería de Babilonia” se menciona al pasar la imagen de la infinita divisibilidad del tiempo, que no deja de ser un obstáculo para la existencia misma del tiempo en la medida en que éste consiste en el fluir. En “El Aleph”, al mencionar la impotencia del lenguaje para reflejar con fidelidad lo real, señala que las palabras entregan en el orden de la sucesión lo que en sí mismo es una inabarcable simultaneidad en el mundo de los fenómenos. Y la sucesión es para Borges la esencia del tiempo.

### 3

3.1 Contra lo que podía esperarse, dada la firmeza de su vocación por la literatura, la índole de sus creaciones y su concepción de la lengua, a Borges le interesó siempre la filosofía. Su curiosidad evitó que se limitase a la producción de Occidente, sin duda la más cercana en el orden de la cultura, sino que también incursionó, con las consabidas dificultades, en el mundo de Oriente. Le interesaban los problemas que la tradición escolar ha calificado de fundamentales, entre los cuales cabe señalar el tema del tiempo con todo su cortejo de dificultades. No sólo veía en él al escenario de la acción del hombre, al colaborador inevitable en toda obra, sino también al destructor más implacable de obras y vidas. La frecuentación del tema no deja lugar a dudas acerca del interés por las cuestiones de la temporalidad.

Esta inclinación por la filosofía parecía escasamente compatible con su obra literaria en los dominios de la poesía, el cuento, el ensayo crítico, donde sorprende al lector su carácter insólito, su riqueza imaginativa, las audacias que desconciertan al que se asoma a sus páginas para advertir, en más de una ocasión, que la seriedad de la empresa se resiente por consideraciones humorísticas que atenúan o disipan su gravedad.

A Borges le interesaba más la ficción, con la atmósfera de irrealidad que la envuelve y satura, que la realidad en su esencia más honda, meta del filósofo. Su imaginación se desplazaba por una pluralidad de mundos extrañamente conectados entre sí, lo que le permitía pasar de la realidad al sueño o concebir aquélla como una especie divertida o trágica de sueño. No retrocedía ante la perspectiva de huir de la realidad para hundirse en el sueño y vivir el despertar como el ingreso a otro sueño, que no habría reparos en calificar de realidad. Y mientras jugaba con el tiempo o el infinito

no cesaba de buscar la dimensión de irrealidad que se oculta en el mundo real, y que lo autorizaba a sospechar que éste podría ser radicalmente falso.

Pero Borges no asumía una actitud de compromiso frente al problema ni perseguía soluciones que, para la mayoría de los hombres y en multitud de casos, aplacan la curiosidad y adormecen la inquietud provocada por el enigma. Faltaba en Borges la actitud del filósofo aunque su sensibilidad no padeciera menoscabo y su interés por el problema siguiera vivo. No le preocupaba el nexo entre la experiencia circunstancial, que no deja de provocar asombro, y su fundamento último; tampoco distraía su atención en los pormenores de una argumentación rigurosamente lógica, atenta a seguir todos los pasos intelectuales que van desde las premisas que se tienen por verdaderas hasta las conclusiones que reciben de ellas sus últimos destellos de verdad.

Demasiado escéptico para descansar en alguna seguridad, Borges eludía comprometerse con las soluciones de los problemas filosóficos. No renunciaba al placer de internarse en sus dificultades, de experimentar el riesgo de la aventura en el juego de las ideas y hasta se complacía en añadir nuevos escollos a los ya conocidos. EN el curso de sus meditaciones y abandonado al azar de las lecturas había tropezado con los viejos enigmas de la filosofía, los había términos de problema, auxiliado tal vez por los que lo habían precedido en la tarea, pero retrocedía en el momento de tomar posición frente a las soluciones posibles.

3.2 Esta actitud general, repetida muchas veces, parecía sufrir una excepción al encarar las dificultades que provienen de la consideración intelectual del tiempo. Creía estar frente a un problema insoslayable y, aunque alguna vez, quizá en actitud deportiva, intentara desarrollar una refutación del tiempo y lo hiciera siguiendo las huellas de antecesores ilustres, hay motivos para suponer que estaba convencido de su realidad. Dos argumentos apoyaban esta convicción: la índole temporal de la existencia induce a suponer que "el tiempo es la sustancia de que estoy hecho". La experiencia del constante cambio de sí mismo, que en alguna ocasión le había llevado a dudar de la propia identidad en dos momentos alejados entre sí, sería una prueba empírica convincente de la irrefutable irrealidad tiempo. Un experimento mental constituía un segundo argumento que deponía en favor de la inevitabilidad del tiempo: podemos anular el testimonio de todos los sentidos, que de alguna manera informan a la conciencia de la presencia del espacio, pero al llegar al oído se nos revela un mundo de individuos ligados entre sí por el lenguaje y la música, que no requiere apoyo en el espacio. El tiempo se revela como pura sucesión, es decir, exterioridad recíproca de todos y cada uno de sus momentos. Y en trance de valorar la sucesión, que para Borges sería la nota fundamental del tiempo, representado, según Heráclito, por el río que fluye constantemente y en cuyas aguas no podríamos bañarnos dos veces, asevera que el hombre es demasiado débil para poder soportar la totalidad del ser si en un solo acto se nos entregara la suma íntegra de los momentos de su irrestañable fluencia.

Los nombres de San Agustín, que no ocultaba su perplejidad frente al enigma del tiempo, y de Bergson, que mil quinientos años más tarde subordinaba la solución de los más graves problemas de la metafísica a la previa aclaración de la naturaleza del tiempo, se cruzan en la ordenada exposición de Borges. Y no falta un acento melancólico al reflexionar sobre el escaso avance en la exploración del tema.



3.3 Es costumbre oponer la eternidad al tiempo, y aprovechar el contraste para proyectar alguna claridad sobre los dos términos. Los metafísicos de todas las épocas lo han hecho y, por lo general, vinculan la eternidad con la infinitud, pero discrepan en la manera de caracterizar a la eternidad. Hay tres posibilidades: primero, como infinitud temporal, que no excluye la sucesión sino que decreta su apertura hacia el pasado y hacia el porvenir; luego, como entidad extratemporal, sustraída al flujo que condena a vida efímera a cada uno de sus momentos y que recoge en su seno, en un acto único e indivisible, la totalidad de lo que se dispersa en la sucesión; y, finalmente, como entidad que incluye el tiempo a la vez que lo trasciende. Las imágenes de la línea abierta por ambos extremos, en un caso, del punto y de la línea recíprocamente exteriores, en el segundo, y del círculo que gira incansable sobre su propio eje, en el tercero, ilustran las relaciones entre la eternidad y el tiempo.

Borges no ignoraba estas distinciones, y al referirse al nexo entre ambos términos recordaba la expresiva tesis de Platón que concebía el tiempo como “imagen móvil de la eternidad”, opinión que presuponía la separación del mundo de los arquetipos, sustraído a los vaivenes de azar, y el mundo empírico donde el cambio impera en todos los procesos. Borges no ocultaba la esencial oscuridad de la idea de eternidad, y tal vez por ello la calificaba de “invento” de los hombres, en atención al hecho de que la significación de la palabra no es fácilmente comprensible desde que no acierta a recoger en sus pliegues todas las resonancias metafísicas y morales que arrastra consigo. Insistía en señalar que se trata de una palabra “inconcebible”, cuyo sentido “reticente o ausente” pareciera estar situado más allá de nuestro alcance.

La calificación de “burda palabra enriquecida por los desacuerdos humanos” no inhibe a Borges para seguir las vicisitudes del significado, que expuso bajo el ambicioso título de “Historia de la eternidad”. Cobra especial relieve la contribución de Plotino que insiste en la nota de plenitud, que Borges califica de “inmóvil y terrible”, aludiendo a la “intuición contemporánea y total de todas las fracciones del tiempo”. En el itinerario histórico era imposible no referirse a las concepciones de los cristianos, no sin tropezar con los problemas de la predestinación y de la inmortalidad personal.

3.4 Después de la afirmación de la realidad del tiempo correspondía señalar su nota fundamental, que para Borges es la sucesión, lo cual obligaba a mostrar su estructura que es lo constante en medio del devenir. Entre la existencia abolida, el pasado que se aleja rápidamente, y la existencia esperada, el futuro que demora en llegar y suscita impaciencia, se intercala esa delgada lámina permeable y translúcida que es el presente.

En el presente se dan cita, por una parte, el pasado, a veces indigente y siempre afectado por un índice de deformación que varía según las situaciones, y, por otra parte, el futuro que asoma su rostro cargado de alegrías o temores. Pero se vive en el presente y, en el curso de nuestra vida, agitada o plácida, estamos siempre aprisionados por las vallas del presente. Borges no ha ahondado suficientemente en la índole del conocimiento que nos brinda el presente, suponiendo que fuera posible, o por la demora en que se incurre toda vez que alguien se propone asir el huidizo presente. Imágenes y emociones, lo mismo que deseos y recuerdos, vividos en un lapso cualquiera, se nos ofrecen en el orden del conocimiento cuando ya han pasado y acaso estén a punto de desvanecerse. Razón tenía Francisco Romero, cuando en su lúcido

estudio sobre “El presente inviolable” (1943), adelantaba la conclusión de que el presente, nuestro único bien temporal, es intangible y sólo puede ser conocido cuando ya es pasado. Rememoramos el ayer en un esfuerzo constantemente repetido por actualizar nuestros recuerdos, pero no podemos recuperar nuestro presente vivo y hemos de conformarnos con un puñado de cenizas. Anticipamos el futuro proyectando hacia adelante en el tiempo las regularidades que nos brinda la ley física, pero en rigor el futuro, aun el más impaciente por cristalizar en presente, se sustrae a nuestra mirada. Lo que parece más próximo, simultáneo con nuestra conciencia actual, el presente, se aleja tan rápido que el esfuerzo por detenerlo tiene que conformarse con reconocer la huella que deja en el pasado. La paradoja es inocultable: vivir en el presente, que es plenitud de ser, pero conocerlo sólo a través del testimonio del pasado, que es un modo deficiente de ser.

3.5 Otros problemas atrajeron la atención de Borges en su esfuerzo sistemático por no omitir ninguna de las dificultades. En primer lugar el fluir. Borges nunca dudó de la fluencia del tiempo, que llegó a considerar como rasgo intrínseco, incluso como cualidad positiva que asegura la aparición de novedades que atenúan la monotonía del diario vivir, sobre todo cuando los hábitos han endurecido la consistencia de los comportamientos humanos. No se le ocultaba sin embargo su condición negativa, el lento e implacable marchitarse de anhelos y realizaciones, el envejecimiento, la destrucción que nada perdona.

Inquiría también por el sentido del flujo, admitiendo que el desplazamiento había de ser lineal, horizontal y continuo. No ignoraba las dos soluciones propuestas, la que supone un pasado enérgico que se obstina en roer la valla del presente para internarse en el futuro (Bergson) y la que imagina un futuro que se arroja sobre el débil presente para hundirse en el pasado y alejarse cada vez más de su fuente (Bradley). Tal vez no advertía que ambas tesis presuponen la concepción del tiempo como entidad activa, que no sólo domina el sentido del fluir, sino que también imprime ritmos variables a su progreso.

El comienzo del tiempo no proponía dificultades menores: si precedía a la aparición del mundo se caía en la imagen criticada por Kant, de un tiempo vacío del que, según el principio de causalidad, no podría surgir un mundo; más lógica le parecía la solución de San Agustín que enseñaba que el tiempo comienza a fluir desde el momento de la creación del mundo.

Preocupaba a Borges el tema de la unicidad del tiempo: si se lo considera como un fenómeno subjetivo, encerrado en los límites de una conciencia individual, ¿cómo hablar de un tiempo cósmico que abarca lo físico y lo biológico y se prolonga en lo histórico? Y, a su vez, el tiempo que parece extenuarse con la muerte de cada individuo ¿no reanuda su curso en la existencia de las generaciones más jóvenes? Y así como se mantiene la continuidad respecto de los que han desaparecido porque otros prosiguen por la misma ruta y parecen asumir el pasado que les ha precedido, cabe suponer, con la imaginación propensa a borrar el intervalo entre una generación y otra, que las vidas particulares se han unificado en un solo individuo resistente al acoso del tiempo. Esta solución, que tiene poco de científica y mucho de travesura literaria, no disgustaba a Borges.

3.6 En la puntillosa inquisición de Borges no podía faltar la mención de la hipótesis de un tiempo detenido, congelado, por así decirlo, en alguna etapa de su curso, ni la de un pasado modificable, aparte de la existencia de infinitas series temporales que discurren en medios y niveles diferentes. Las dos primeras no disimulan su interés literario, y Borges ha echado manos de ellas en más de una ocasión; la última, avalada por la noción de tiempos múltiples, tal como lo enseña la teoría de la relatividad de Einstein. También en otros terrenos, la biología, por ejemplo, la hipótesis encuentra aceptables comprobaciones.

¿Y el dilema que resulta del contraste entre continuidad y discontinuidad? ¿Será posible la subdivisión al infinito de instantes cada vez más numerosos a medida que se penetra en lo más pequeño? Borges adopta la actitud del empirista que sólo afirma lo que la experiencia consiente en corroborar, desde que confiesa que “sólo existe lo que sentimos”, lo que resulta de la colisión de nuestra conciencia con la realidad. Existen las percepciones y las emociones, ambas impregnadas de tiempo para realizarse. La subdivisión es meramente imaginaria.

Habrá que advertir que el argumento es débil porque, en definitiva, se apoya sobre el inestable testimonio de una conciencia, instrumento no siempre apto para captar la continuidad. Corroboración esta presunción la ilusión puesta al desnudo por Bergson: la cinta cinematográfica despliega ante los ojos atentos del espectador una continuidad que es el resultado artificial de la rápida proyección de imágenes discontinuas, y que aprovecha la lentitud de la retina para reaccionar a los estímulos luminosos que recibe. Así se engendra la ilusión de la continuidad que atestigua la conciencia. Borges no se refiere a las teorías sobre la discontinuidad del tiempo expuesta desde Descartes hasta Whitehead y Bachelard.

3.7 A Borges no podía prohibírsele que incurriera en una travesura: después de haberse aferrado al tiempo y mostrado su realidad, aparte de salir al encuentro de las dificultades que suscita su representación intelectual, el humorista que dormitaba en el escritor, proponía “una nueva refutación del tiempo”. ¿Era un intento, tal vez desesperado, de volver a Parménides? ¿Se trataba de desalojar de la escena a personaje tan incómodo y olvidar la red de problemas en que ha caído el mismo que la ha tejido?

Su refutación no seguía los pasos de McTaggart que, con discutible fortuna, había intentado sostener la irrealidad del tiempo. Se fundaba en el hecho de la incompatibilidad de las series antes-ahora-después y pasado-presente-futuro, la segunda de las cuales consta de predicados exclusivos e incompatibles entre sí cuando han de aplicarse al mismo objeto afectado por el tiempo. De ahí creía poder derivar que la serie temporal que apela a su concurso es contradictoria, ilusoria e irreal.

Borges partía de otros supuestos: el idealismo, en la formulación gnoseológica que atribuye a Berkeley y a Hume, negadores de la materia y del sujeto anímico, y del principio de la identidad de los indiscernibles, que remonta a Leibniz. De acuerdo al primer supuesto, el mundo se reduciría a un complejo de impresiones evanescentes que no sólo no excluyen el tiempo sino que lo reclaman como principio ordenador, no sin atribuirle el carácter de absoluto y uniforme, como había de presentarlo Newton. El segundo supuesto autoriza a Borges a rechazar la sucesión y afirmar la autonomía del instante, con lo cual anula de paso la historia entera del universo. Cede a la sugestión de un argumento que le había sido familiar y lo había acompañado en sus construcciones

literarias: la experiencia, por lo demás dudosa, de sentir, no como iguales sino como la misma e indivisible unidad temporal, dos instantes de fechas diferentes. Borges declaraba haber pasado por esa experiencia privilegiada y consideraba que la indiferencia de un momento (y la correlativa imposibilidad de distinguir el de ayer del de hoy) bastaba para desintegrar el tiempo y anular la sucesión, que era la manera de asegurar la exterioridad recíproca y la diferencia cualitativa de los momentos. La anécdota emocional, a que se refiere en esta ocasión, incluye el momento del éxtasis y la insinuación de eternidad. Pero él mismo, que era bastante escéptico para entregarse a evidencias tan precarias, descreía del argumento que había elaborado y acababa por confesar que desgraciadamente el universo es real, que el tiempo era parte constitutiva de su sustancia y que la sucesión se construye con momentos exteriores unos a otros.

3.8 El filósofo no ignora la diferencia que existe entre el tiempo y la temporalidad, y el hecho de que para sus designaciones se valga en un caso del sustantivo y en el otro del adjetivo no hace más que corroborar en el plano del lenguaje la distinción que le había mostrado la realidad. La temporalidad es una cualidad de los procesos reales; el tiempo es una representación mental que se refiere a una entidad sugerida por el empleo del sustantivo. En el seno de los procesos reales actúan causas que producen efectos y que originan las diferencias de temporalidad, que es un rasgo inseparable de los procesos mismos.

Cediendo a la sugestión del sentido común, afianzada por el lenguaje, Borges ha limitado sus reflexiones a la esfera del tiempo que suele calificarse de vulgar, representado por la línea que se prolonga al infinito por ambos extremos. Sus observaciones mantienen todo valor para ese dominio. La movilidad que le presta corresponde más bien a los procesos, y en cuanto a la dirección del fluir, que tanto le preocupaba, habrá que vincularlo con la posición del observador que contempla desde afuera el curso de la naturaleza.

Como escritor, Borges ha sido el constructor de mundos imaginarios, que acaso y por añadidura le sirvieran de refugio para indemnizarlo de las torpezas e ingratitudes que prodiga el medio social. En ese dominio pocos podrían disputarle el privilegio de figurar entre los mejores. Su avidez de saber lo incitó a explorar zonas de la realidad que la tradición, un poco endurecida por el hábito, suele reservar al filósofo y al hombre de ciencia. Lo hizo con extraordinaria agudeza y sus reflexiones sobre el tiempo, sean cuales fueren los reparos que pueda señalar el especialista, han de calificarse de brillantes. Se da el caso, por otra parte, que sus reflexiones parecen seguir las huellas de su producción poética y de sus relatos, signo de que la fantasía se adelanta muchas veces al paso siempre lento de la realidad. Borges no veía en la actividad filosófica más que un juego, acaso tan inocente e inoperante como el que el escritor practicaba en su dominio modelando con palabras la maleable arcilla de sus sueños. Colocado a distancia de su obra, por libre determinación, se reservaba el derecho de ponerla en cuestión, y al internarse, en virtud de la índole de los temas, en el recinto de la filosofía no dejaba de proclamar que “la metafísica es una rama de la literatura fantástica”.

## *Bibliografía*

J. L. Borges. *Obras completas 1923-1972* (Buenos Aires, Emecé Editores, 1985), especialmente los textos siguientes:

*"Historia de la eternidad"* (pp. 353- 367),

*"La doctrina de los ciclos"* (385-392).

*"El tiempo circular"* (393-396).

*"El tiempo y J.W. Dunne"* (646-649).

*"La creación y P.H. Gosse"* (650-652).

*"Nueva refutación del tiempo"* (757-771).

*"El instante"* (917).

*"El pasado"* 1086-1087).

*"La penúltima versión de la realidad"* (198-201).

J. L. Borges. *Conférences*, trad. Françoise Rosset (París, Gallimard, Folio-Essais, 1985), (pp. 203-216).